Año XVII Jueves 1.º Octubre de 1908 Núm. 397

# La Academia Calasancia

**Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio**

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Índice

## Sección oficial

El día 4 del corriente, á las ocho de la mañana, tendrá lugar la Comunión reglamentaria en la Capilla interior del Colegio.

El día 11, á las nueve de la mañana, reunión de las Secciones para la elección de los cargos correspondientes. A las once, Sesión inaugural del curso académico, en la que se procederá á la elección reglamentaria de Vicepresidente, Secretario y Bibliotecario-Archivero, y de Presidente, por quedar vacante dicho cargo por dimisión del Sr. D. José Castany y Gelats, motivada por su traslado definitivo de domicilio fuera de Barcelona.

Barcelona 25 de septiembre de 1908.

El Presidente accidental, L. Tintoré Rodríguez

El Secretario, Carlos Ziegler y Negrevernis

## UN RETOÑO DEL ÁRBOL CALASANCIO

IX

Si en los artículos precedentes hemos bosquejado el cuadro de las virtudes de los hermanos Cavanis, ha sido con la mira de que se conociera perfectamente su carácter y las prendas morales que lo avaloraban, y de ahí pudiera colegirse la eficacia de su obra educativa. Debidamente preparados para ejercerla, siguieron en todo el fecundo ejemplo del Divino Maestro: *cœpit facere et docere*. La práctica de todas las virtudes y una vida irreprochable fueron los felices auspicios con que dieron comienzo á la magna obra de la educación de la niñez.

En el educador tienen fijas sus miradas y esperanzas la religión, la familia y la sociedad, que de su trabajo esperan la formación de sinceros cristianos, buenos hijos y probos ciudadanos. El educador se consagra á un noble y laborioso sacerdocio. Del que lo abraza movido solamente del lucro, es inútil esperar nobleza de fin, generosidad de sacrificios y aquella actividad que tiene por principio el amor y por compañera la dulzura. Por esto, la primera cualidad de un buen educador ha de ser un gran aprecio de su ministerio. Los santos hermanos Cavanis lo apreciaban en sumo grado. Sólo atendían á la escuela; en ella pensaban de continuo: eran hombres de un solo pensamiento, de un solo afecto, de un solo fin. Trabajamos por el fundamento, decían á menudo: y tales palabras eran la expresión más sencilla y al propio tiempo más eficaz del concepto altísimo en que tenían su ministerio escolar.

Como de la abundancia del corazón habla la boca, no sabían hablar de otra cosa que de la juventud, que venía á constituir sus delicias y era objeto de un ardiente amor. El P. Marco era singular en esto. En cualquier lugar donde estuviera, con cualquier persona con quien se encontrase, aun en asuntos de suyo no relacionados con la educación, sin esfuerzo y hábilmente venía á parar á su cuestión predilecta. Y puesto en ella, eran admirables la elocuencia, la energía y convicción de su modo de expresarse, la multitud de pruebas que aducía, lo feliz de sus comparaciones y la fuerza incontrastable de su razonar, se transfiguraba su rostro é irradiaba destellos de alegría cuando era comprendido y lograba compartir con sus interlocutores sus propios sentimientos, especialmente si lograba obtener algo práctico para la obra de la educación, sintiendo, por el contrario, oprimírsele el corazón cuando encontraba frialdad, indiferencia ó estrechez de miras para con sus nobles y caritativos intentos.

De la grande estima de su vocación, como de la semilla la planta, nacía la actividad extraordinaria que desplegaron en su fecundo apostolado. Trabajando en esferas distintas ambos hermanos contribuyeron eficazmente á la consolidación del

Instituto. El P. Marco hizo frecuentes y largos viajes por varias ciudades del Véneto y de la Lombardía: una vez estuvo en Turín, tres en Viena y en el rigor del invierno, una vez en Roma. Aunque alejado de Venecia personalmente, quedaba presente en el corazón y participaba de las fatigas y angustias de su hermano y colaboradores. Todos sus pasos y palabras eran para el Instituto. No se procuraba ninguna distracción en sus viajes: su único consuelo era visitar Iglesias y santuarios para recomendar á la Virgen y á los Santos los asuntos que llevaba entre manos y que forzosamente habían de salir mal, decía él, confiados á un gran pecador. Escribía cartas larguísimas á su hermano é hijos, y no cabía en sí de gozo cuando podía remitirles alguna limosna ó regalo en beneficio de su obra. Al regreso dictaba cartas ó instancias, recursos á los particulares y á las autoridades civiles de toda clase, ó andaba por Venecia en demanda de auxilio y limosnas para el Instituto, aun cuando en sus últimos años experimentaba gran debilidad en la espina dorsal, que le obligaba á encorbarse mucho hacia un lado y aun á detenerse varias veces en medio de la calle. Dedicaba el tiempo que le dejaban libre tantos quehaceres á trabajar con su palabra y ejemplo en la educación de los niños, especialmente en su formación religiosa.

El P. Antonio Angel consagrábase por entero á la dirección interna y á la formación de los nuevos miembros del Instituto. Era el ojo que todo lo inspeccionaba y alentaba, y con su celo y actividad imprimía movimiento y vida á todos los actos y escuelas. Dedicaba particularmente los días festivos á la práctica de la piedad, dirigiendo los ejercicios de los escolares, oyendo sus confesiones, pronunciando dos ó tres pláticas en diversas horas y con oyentes de distinta edad y condiciones.

Procuraron consagrar la parte principal de su actividad y trabajo á la educación de los niños, como cimiento sólido y seguro de su porvenir, sin desatender su instruccción completa y variada; pero no quisieron cuidar de esta sola, dejando en completo olvido la primera, como muchos que con ello

labran la infelicidad de los que están confiados á su magisterio. Llamaron á su institución *Escuelas de Caridad*, ya para recordar á sus maestros que siempre y en todo se inspirasen en un amor ferviente y cristiano á los jóvenes, ya por motivo análogo al que movió á S. José de Calasanz á dar á su Orden el de *Escuelas Pías*, para indicar que abarcaban el entendimiento y el corazón, el pensamiento y la obra, al hombre y á Dios. Repetían incesantemente y tomaban como norma segurísima de sus tareas las inspiradas máximas y sentencias del Santo Fundador de las Escuelas Pías.

Fieles á su programa, es indecible cuánto trabajaron los hermanos Cavanis para que en el corazón virginal de los jóvenes arraigaran las semillas de la virtud; con qué amorosas industrias procuraron fomentar en ellos el vital sentimiento de la piedad y con cuánto empeño los alejaban de las ocasiones de perder la inocencia. Los oratorios festivos, la frecuencia de los Santos Sacramentos, las recreaciones al aire libre, diversiones honestas en tiempo de Carnaval eran los medios que principalmente adoptaban, á más de las máximas que iban inculcando en la escuela, de paternales amonestaciones particulares y del celo con que frecuentemente elevaban el alma de los alumnos de la tierra al Cielo y de las criaturas á Dios. No perdían de vista un momento á sus alumnos: con mirada investigadora de padre, acompañada de tierno amor, estudiaban todas sus palabras y acciones para adivinar por ellas sus inclinaciones nacientes, á fin de encauzarlas si eran buenas, ó de reprimirlas cuando malas. En una palabra, la escuela para ellos no tenía más que el carácter de medio; el fin principal á que aspiraban siempre y en todo, era formar la juventud en el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría.

Para que los escolares tuviesen una norma segura para conocer el mérito literario de las obras junto con su bondad moral compusieron «El joven instruído en el conocimiento de los libros», repertorio utilísimo, donde está coleccionado lo bueno y mejor de los grandes historiadores de literatura y con la imponderable ventaja de poder escoger sin recelo ni

temor los libros, sabiendo de antemano su valor y contenido. Debido especialmente á inmensos trabajos del P. Marco, vió la luz pública su *Diccionario*, enteramente purgado de toda palabra que pudiese excitar en el corazón del niño el deseo de la ciencia del mal, y acomodado á los principiantes por anotar todas las irregularidades y excepciones de los vocablos y de su flexión.

Escrupulosamente cuidadosos de la moralidad en la enseñanza, no lo eran menos en exigir asiduidad en el estudio por parte de los alumnos. Querían que estudiasen por convicción y comprendiendo bien sus lecciones, no con mero ejercicio de la memoria, sin acertar á hacer de ellas aplicación conveniente. Variaban los medios para conseguir provecho y constancia en el estudio, según la edad y circunstancias; pero el que anteponían á todos era la piedad, que santifica el deber, enaltece la ciencia, suaviza las fatigas, y, según frase del Apóstol, es útil para todo.

El plan y método admirable de los hermanos Cavanis no son letra muerta. Viven animados de su espíritu en el Instituto; palpitan, llenos de vigor y fecundidad, en las numerosas máximas que condensan sus preceptos educativos, en los ejemplos de luz inextinguible de su apostolado, en la escuela y en las constituciones que dejaron á sus hijos y son regla segurísima á que amoldan su trabajo y caritativas empresas en bien de la niñez desvalida.

José Soler, Sch. P.

## LA AGRICULTURA Y LA INDUSTRIA

(*Conclusión*)

Otra de las condiciones más apreciables es la fácil adquisición de las primeras materias, y en esto gran servicio le presta la agricultura; ya queda apuntado. La historia económica de Holanda nos ofrece datos persuasivos; y la deducción es lógica: los primeros alimentos buscámoslos por instinto en nuestro alrededor, y cuando, éstos satisfechos, queda un

sobrante regular, en seguida le proponemos un uso lucrativo, y desde este momento aparece la industria legítima y cómoda. Así se prometió Holanda una carrera económica lucida, seguida después sin vacilación hasta su término. No es que abandonase la agricultura con su vida de mar, y diese al olvido los frutos que en el día de hoy le reportan sus vastos prados una de las ramas agrícolas más ricas; es que aplicó la actividad á lo más conducente, á labrarse un porvenir industrial halagüeño. Hechas varias tentativas sobre el limo sagrado sin éxito, vió centuplicada la riqueza, con igual esfuerzo, abriendo las puertas á la industria pesquera que la instaba con vivas ansias.

En fin, no se ha de perder de vista la acumulación de capitales; metálicos no, porque equivaldría á dar al problema económico una solución tan funesta como frecuente en algunas legislaciones; sino invertidos en la producción de la tierra, activándola cuando se brinda espléndida, y no posponiéndola á especulaciones secundarias que los enderezan á otros fines.

Todo trabajo ó industria consume un esfuerzo natural más ó menos considerable; si ése puede aminorarse, tomando la diagonal de los puntos, huelga recorrer el perímetro. Enhorabuena que se fomente una importación y exportación cuanto quiera animadas, mas tengan por base los frutos del país. Tan mala inteligencia y empresa tan perniciosa no las abrazarían el capital y el trabajo abandonados á su natural impulso. Han de ser tales giros un complemento de la acumulación, en especial el centrípeto ó importación, que han de intervenir en el transporte de frutos necesarios, pero de rara aclimatación en el propio suelo.

## IV

Así, pues, el trabajo, el progreso agrícola y el industrial son tres pasos que se siguen forzosamente uno á otro en orden inalterable y riguroso. Conocidos los lazos del comercio y del cambio con la agricultura, ya poniendo los productos al alcance del consumidor, ya abaratándolos por razones de lu-

gar, tiempo y modo, no cabe duda que, cuanto á la industria, la agricultura es su brazo derecho y primera fuente de riqueza, la cifra de prosperidad y bienandanza, alentándonos con empeño en el perfeccionamiento del cultivo de sí propia. No sólo á causa de la privación que á todas horas nos asedia, germen funesto de malestar y atraso en los pueblos; no porque ella sea un antecedente muy luminoso para juzgar del adelanto material ó físico y hasta del moral de las naciones, se le debe consagrar una atención ó interés peculiar; porque sea lo más privilegiado que se imagine un país, ora en calidad del terreno y bondad del cielo, ora en variados alimentos, siempre será tributaria la industria de la mano del hombre; siempre podrá achacar su languidez y parálisis á la escasa cooperación de parte del cambio y comercio.

Y ¿por qué arte prosperará el movimiento fabril, si falta el mejor y más copioso elemento, extraído de la agricultura? ¿Cómo el cambio va á extender su esfera de acción y aportar fuerza á la fábrica, si no se activa su tráfico con el incesante ingreso de primeras materias? No; no invirtamos lo más precioso del tiempo en cavilaciones, buscando el origen y raíz de la postración de un pueblo, si no reparamos en que sin agricultura no puede florecer industria legítima, cambio y comercio universales. «El cambio, dice un escritor, es la Economía Política, es la sociedad entera; porque es imposible concebir sociedad sin cambio, ni cambio sin sociedad». Porque en nuestra opinión el cambio es la mitad de la vida de una nación, y como no se concibe el aislamiento humano sino que es esto una paradoja inspirada por el espíritu de novedad, no se puede imaginar una sociedad, una economía genuina, sin esa dependencia del suelo y el entendimiento humano, sin el provechoso resultado de su convivencia mutua, traducida en una industria adelantada y progresiva.

A fines, pues, muy loables se endereza la labor asidua del hombre empleada en la agricultura. Tiende, en primer lugar, y es bien de estima, á hacer felices á los pueblos con el reinado de la virtud, fruto legítimo del trabajo, y á reparar los males inherentes á la pobreza por el cúmulo de bienes sociales.

Mas el propósito fundamental, y hacia el cual convierten la atención las naciones celosas de su prosperidad, es el formulado por ese apoyo grande que en él halla el movimiento fabril, preludio del adelantamiento material y moral de la Humanidad. No nos cansaremos de proclamarle palanca que levantará sin gran esfuerzo á los pueblos postrados en la miseria, y que con segurísima esperanza conduce al cabo de la jornada á los entrados en vías del progreso señalado. A ella se ha confiado el robustecimiento de nuestra industria lanera y algodonera, si á la par le es dado invocar en su favor una red completa de comunicaciones y legislaciones agrarias inteligentes y equitativas.

Si algo es preciso añadir á lo dicho yo evocaría el ardimiento y constancia que distinguió á los primeros colonos de nuestra Península, y á ella quiero concretarme al poner punto á estas líneas. A usanza de los antiguos, si bien con miras más comerciales y vastas, dediquémosle la atención que á ellos les mereció.

Si hasta hoy no se ha visto en la agricultura más que el elemento próximo y natural de subvenir á la penuria general, entreveamos para época no lejana una revolución agraria y con ella un venero fecundo, prodigioso y original de productos en disposición de sufrir la acción utilitaria de una industria inteligente. Siglos de oro hubo; pero no ha llegado aún el que la Providencia tiene designado para dejar atónito al orbe entero con el cuadro magnífico que la nueva perspectiva agrícola convida á emprender.

Empapados en tales ideas que agigantan su nombre y ponen una estrella más en su inmortal corona, los Reyes Católicos, la personificación más neta del espíritu español, no escatimaron su soberana protección al cultivo de la tierra. Este les preocupó una vez aseguradas la paz y tranquilidad de la nación; éste les dió más gloria en el otro continente que su mismo hallazgo tan fecundo en interesantísimos acontecimientos.

Si, pues, no queremos desmerecer un punto en la reputación adquirida de agricultores de raza, y deseamos aprovecharnos de esas lecciones tan autorizadas en atención al inge-

nio y sagacidad que distinguió á los maestros; si aspiramos á reproducir en nuestra patria el ardimiento fundado sobre mérito real y éxitos cada día mayores, por arte que comienza á arraigar en algunas de nuestras provincias, copiemos aquí el interés y trazas que se ingenian otras naciones; suscribamos el dictamen de los economistas más respetables, y girando la actividad sobre tales principios, no ajenos en el empeño de tocar la meta deseada, á trueque de conquistar otra vez aquella reputación y nombradía que para todo el mundo tuvieron nuestros productos agrícolas.

Levantemos anclas, y á vista de derroteros tan risueños como entre celajes nos anuncia la agricultura, no dudemos de que es éste un problema gravísimo que trae en agitación á pueblos y naciones, y vayamos sostenidos por la firmísima convicción de que prestamos un servicio valioso á la industria que reclama el cultivo agrario como su más cierta garantía de vida y prosperidad.

B. Rodríguez, Sch. P.

# EFEMÉRIDE

21 de setembre de 1555

Lo bisbe de Vich,
En Joan de Cardona,
delega en eix jorn
á Fra Guardiola;
lo Pare Joan
que desd'aquella hora
havía de dur
ab ses humils forces
al golf de Lepant
la santa victoria!
Puix que contra'ls turchs
allí en Terragona
en lo Concell ple,
y ab sa parla hermosa,
feu ferm l'acordat
pel Papa de Roma,
lo Pare Pius V
de bona memoria,
ab Felip II
la reyal persona.
¡Aixi's bressolá
l'aliança forta
que'l blau mar del golf
tenyí prés de porpra!

J. Sala Bonfill

# SANTO DOMINGO DE GUZMÁN Y SAN JOSÉ DE CALASANZ

**Ministros de Instrucción Pública**

## EL ROSARIO Y LA ESCUELA PÍA

*(Continuación)*

¡Dichoso el Piloto que á través de las luchas y de las borrascas levantadas por los albigenses iba á dirigir la navecilla de la religión, colocando en su proa la bandera empavesada del Rosario, para que la quilla, acariciada por los vientos de la devoción á la Virgen y empujada por los soplos de las Ave-Marías, y entre murmullos de Padre-nuestros, sobrenadase por cima de los abismos en que pretendían sepultarla los enemigos de Dios entre rugidos del infierno!

¡Dichoso el Apóstol que venía á poner cátedra para enseñar la verdad frente á la escuela de la mentira, ahogando con la voz de sus predicaciones los fingidos ecos de la simulación y los desesperados gritos de la blasfemia! ¡Dichoso Domingo de Guzmán, que fué escogido por Dios, como Miguel, para ser el príncipe de los ejércitos del Señor! y que al oir el grito de rebelión, exclamaría lleno de fe: ¿Quién cómo Dios? Aquella lucha no sería la fuerza, que se mide con la fuerza; pero Domingo sabía que los más poderosos tiranos pueden caer heridos por mano de la Providencia, y por eso, al comenzar la pelea, pudo parodiar aquellas palabras del César al pescador de Brindis: ¿Por qué he de temer, si llevo al César? *¿Quid times? Cesarem vehis.* ¡Dichoso el Maestro que venía á enseñarnos á rezar en cristiano el canto de victoria y la plegaria más tierna y más eficaz que se ha conocido, para pedir auxilio á María, fuerte contra todos los campamentos de los enemigos! ¡Venturosa tierra y bienaventurado hijo! Afortunada llama el Dante á la pequeña villa de Caleruega, donde vino al mundo, de estirpe real, el mejor de los Guzmanes, descendiente de reyes, sabios en la paz, y en el batallar robustos. Y afortunada debe llamarse también nuestra patria

entera, por contar entre sus hijos á Domingo de Guzmán, á quien son deudores de la verdadera fe no pocos pueblos y naciones lejanas de la tierra. Domingo de Guzmán lloraba como Alejandro Magno porque no fuesen mayores los límites de nuestro planeta para fijar en ellos el estandarte de la Cruz. La leyenda del perro, con la antorcha encendida en la boca, blasón muy expresivo de la Orden de Predicadores y alusivo á un sueño de la Beata Juana de Aza, madre de Guzmán, indica bien claramente que el fundador de la Ínclita Orden de Predicadores había de ser para la Iglesia uno de sus más grandes Apóstoles y fervorosos Misioneros. Hasta los descreídos han admirado á Domingo de Guzmán, teniendo para él gloriosas confesiones y ruidosos aplausos, que del fondo del alma arranca el bien que se recibe y el testimonio de la verdad que se merece siempre nuestro culto.

No pocas veces vemos al adversario rendirse ante las leyes inflexibles de la lógica y la fuerza irresistible del saber y de la virtud, cumpliéndose el dicho de las Sagradas Escrituras: La salud nos viene de nuestros enemigos: *salutem ex inimicis nostris*. La mano y la pluma de los que aborrecen á la Iglesia dejan caer grandes borrones para denigrar al justo; pero tienen también letras de oro para premiar con ellas el finísimo oro de la ciencia y de la santidad. Dios permite que de las manos airadas y odiosas nos vengan los más entusiastas aplausos: *et de manu omnium qui oderunt nos*. Por cima de los desafueros de la pasión y del sectarismo de escuela están las virtudes y el mérito inestimable de la sabiduría que se abren camino á los elogios, la admiración, la gloria y la inmortalidad. Y verdaderos cantos de gloria son para los españoles y los buenos hijos de la Iglesia aquellas confesiones que se le escapan á Larousse en su Diccionario enciclopédico al juzgar á Santo Domingo de Guzmán. En algunos de sus juicios rinde homenaje á esta gloria de España con el fervor y entusiasmo que lo hubieran hecho sus compatriotas y los más ardientes defensores del Catolicismo; pero en otros ha estado Larousse á la altura de su reputación, abandonando las firmes posiciones de la verdad y des-

cendiendo de la región elevada y serena en que debe moverse todo crítico para apreciar en su justo valor todo el mérito intrínseco y extrínseco de la obra que se examina y del personaje á quien se juzga. Larousse rinde tributo de admiración y hace justicia al gran fundador Español en algunas de sus apreciaciones; pero en otras se ve el concepto que del escritor tenemos formado.

Cuando Larousse trata de materias religiosas no sabe disimular la bastarda pasión que le domina, y el recelo con que mira á la Iglesia le impulsa á callar lo que debiera decir, asomando, á través de una crítica apasionada y violenta invectiva, las flores del libre pensamiento. Los que predican la libertad de pensar son muchas veces la misma intransigencia, y con el desahogo característico de los que piensan libremente condenan á los que no tienen su mismo pensar. No reparan en que así se desacredita la palabra libertad, y se olvidan de que para tenerla no basta gritarla por las calles y emborronar muchas cuartillas con este vocablo, tan mal parado hoy por culpa de sus mismos jaleadores. Para tener libertad es necesario practicarla, saber respetarse y respetar á los demás, como para conseguir el progreso no basta fijar esta palabra con letras muy grandes en las plazas y vías públicas, es necesario bracear y tener la inteligencia en gimnasia y actividad constante, y de este modo es como progresan y se abren nuevas vías de adelanto en todos los órdenes de la vida. Nuestros antepasados daban á sus conquistas nombres religiosos: Isla Florida ó Pascua Florida, Isla del Salvador y Cabo de Gracias á Dios; todo un poema en breves palabras. Los modernos civilizadores, con nombres más pomposos, han perdido los inmensos territorios que descubrieron nuestros padres, y predicando libertad nos han traído el libertinaje y en vez del progreso el retroceso. Pero continuando nuestra crítica, sobre la crítica que el Diccionario enciclopédico hace de Santo Domingo, vemos que Larousse se muestra intransigente y sigue la teoría y proceder de los que profesan el libre pensamiento. Afirma que Santo Domingo no estuvo en oración en la Iglesia de Muret durante aquella

batalla en que algunos Príncipes mezclaban en sus luchas la Religión con la política, y aduce como prueba una conjetura: «de que así no hubiera agradado á Simón de Monfort,» como si para esto hubiese ido Santo Domingo al campo de los católicos; y poco después añade: «que se aprovechó de la victoria» lo que no tiene nada de particular, porque si de hecho no combatía, con el espíritu estuvo al lado de los favorecidos de la Virgen, de los que defendían la causa de Dios y salieron victoriosos por sus oraciones y la bellísima Institución del Rosario.

No se puede negar que las campañas contra los albigenses tenían no sólo carácter político, sino marcadamente religioso. Los albigenses eran verdaderos Maniqueos y consumados hipócritas, que aparentando costumbres austeras y dando al semblante aire de santidad hacían realmente una vida desarreglada y eran sentina de todos los vicios y pozos negros donde no cabía amor de Dios ni de la Patria, piedad ni pudor, sino blasfemias contra Dios y la Virgen, que es el mayor mofar y blasfemar. El carácter de esta herejía no era occidental, sino oriental, y recordaba los antiguos delirios de los Persas y la falsa y mentida galantería del Arabe, que en sus versos idolatraba á la mujer y en la vida privada no se cuidaba de ella, encerrándola en sus harenes como esclava. Para disculpar los albigenses sus extravíos admitían dos divinidades: una que presidía el *bien* y otra el *mal;* una las *virtudes* y otra los *vicios*.

Era al mismo tiempo la lucha de carácter político semejante al que tuvo la falsa reforma de Lutero, que no hizo más que contentar pasiones, ahitar á Príncipes desalmados y á frailes que eran la herrumbre de sus conventos de cuyas reglas prescindían, dejando penetrar en sus almas el hálito de la impureza. Los Príncipes de segundo y tercer orden se sublevaron en el siglo XVI contra el Emperador ó Soberano que defendía el Catolicismo, como en el siglo XIII se sublevaban contra el Rey los ambiciosos Príncipes que en el mediodía de Francia mezclaban la Religión con la política, deseando confinar á su Soberano en lo que se llamaba la Isla

de Francia. Así se explica la resistencia de Raimundo de Tolosa, y de ello se olvida Larousse por no penetrar en el fondo del asunto y de los acontecimientos, como lo hacía y ahondaba en ellos el Arzobispo español D. Rodrigo y el diligentísimo historiador Zurita, que en sus Anales de Aragón dice: «que el Rey del noble y franco Aragonés siendo muy católico Príncipe, no se movió á ir á esta guerra por dar gusto y favor á los herejes, sino por la obligación que tenía de amparar al Conde de Tolosa y sus Estados». Larousse, llevado de su enemiga á la Religión, no quiere recordar esto, y solo se cuida de zaherir á los católicos haciendo frases inexactas y ofensivas hasta el punto de afirmar en su famoso Diccionario «que nadaban en sangre los caballos y que les llegaba á las cinchas» cuando penetraron los Católicos en los lugares del albigense. Esto inventa y esto dice el sectarismo de Larousse que para nada se acuerda y hasta pierde la memoria de que Dios distinguía á los suyos por los ruegos de Santo Domingo y la poderosa mediación del Rosario, que fué la vara misteriosa por la cual, como diría el poeta Herrera:

Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro, el caballo y el caballero.

El autor del Diccionario Enciclopédico, perdidas las riendas, continúa diciendo que el Catolicismo, que hasta entonces había tenido vida exuberante, llena de bríos y de pujanza que le comunicaba la fuerza inquebrantable de su propia doctrina, llegó á necesitar, para seguir viviendo, «de la centralización y de las Órdenes Religiosas». Jamás los más entusiastas y decididos partidarios de las Congregaciones Religiosas les han dedicado un elogio más cumplido, ni de más valía. Larousse llega á confesar, de buen ó mal grado, que los Institutos Religiosos son el auxiliar y el baluarte más firme de la Iglesia. Efectivamente; los Religiosos son los despiertos centinelas siempre en atalaya, las avanzadas del Ejército del Señor para descubrir y avizorar al enemigo más sutil, que se

presenta de lejos, las luminarias encendidas en los picos más altos de la montaña santa, los toques de alarma que avisan la presencia del enemigo y los alcázares donde se guardan las puras y sanas doctrinas de la Religión junto con los esmaltes y adornos de la ciencia. Si Larousse llama á las Congregaciones baluarte firmísimo de la Iglesia, ¿qué extraño será el que nosotros digamos que sus hijos son los centinelas y las luminarias puestas en lo más alto de ese incontrastable edificio?

Felipe Gómez Sedano, Sch., P.

*(Continuará)*

# CENTRE OBRER CALASANCI

**Secció de la Congregació Major de Nostra Senyora de les Escoles Píes y de Sant Joseph de Calasanz.**

Relligió

El Centre Obrer Calasanci posseheix en son hostatge social una Capella hont s'hi celebra la Missa els diumenges y demés dies festius.

Instrucció

Un dels fins principals del Centre Orrer Calasanci es, sens dupte, l'instrucció. A n'aquest fí, te obert un curs académich de classes nocturnes gratuites desde'l mes d'octubre al mes de maig, a les que hi poden concorrer tots els obrers de més de 15 anys d'edat que ho desitgin, sens que tinguin d'ésser socis del Centre.

Les classes, que's regeixen baix el següent plan y horari, són:

*Classe Primaria, de 8 á 9. Tots els díes.*—Lectura fácil de catalá ó castellá. Escriptura en cartipás. Aritmética: escriure y llegir cantitats, sumar, restar y multiplicar. Geografía y Historia.

*Classe Elemental, de 8 á 9. Tots els díes.*—Lectura de manuscrit en catalá ó castellá. Escriptura: en cartipás y lletra cursiva. Aritmética: multiplicar y dividir. Geografía y Historia.

*Classe Superior, de 8 á 9. Tots els díes.*—Lectura de manuscrit en catalá ó castellá. Escriptura: lletra comercial y correspondencia. Cálcul Mercantil.

*Classe de Llengua Francesa.*—De 8 á 9, día per altre.

*Classe de Dibuix, de 9 á 10. Tots els díes.*—Lineal, adorno, figura, natural (guix), geomètrich.

*Biblioteca.*—Conferencies de Sociología, Historia y Art, essent obligatoria l'assistencia dels socis del CENTRE y alumnes de les *classes nocturnes.*

—La matrícula y ensenyansa son complertament gratuites.

—El primer dilluns de cada mes, de les 8 á les 10 de la vetlla, poden els pares (ó encarregats) enterarse en el *Concell Director* del CENTRE del comportament, assistencia y avenços dels alumnes.

—La matrícula ó inscripció quedará oberta desde'l día 15 de septembre, de les 8 á les 10 de la vetlla, en l'hostatge social del CENTRE.

RECREACIÓ

En ventilades sales hi ha lo Teatre y Café. Hi ha, ademés, un pati d'esbarjo.

Les diferentes seccions recreatives són:

*La Dramática,* que fa dugues representacions mensuals a cárrech dels quadros *Catalá* y *Castellá.*

*La Excursionista,* que fa una excursió al mes.

*La de Sports,* ab els jochs de billar, bitlles y tir al blanch.

*La Choral,* que baix la direcció del distingit mestre en Ferrán Ardévol, té oberta una classe de solfeig y cant cada dimars y dijous, de les 8 á les 10 de la vetlla. En algunes funcions y vetllades canta pesses del seu repertori.

*Vetllades literaries y musicals.*

BENEFICENCIA

Tocan a son terme'ls trevalls encaminats a la constitució d'una Cooperativa.

---

# REALIDAD DE UN SUEÑO

I

El joven Marqués se paseaba triste y pensativo á lo largo de la amplia habitación. De vez en cuando interrumpía su monótono paseo, deteníase en medio de la estancia y quedábase contemplando con mirada compasiva y melancólica su adorada esposa que, abstraída de todo cuanto pasaba en torno suyo, permanecía inmóvil y taciturna sentada junto á una preciosa cuna.

Reinaba allí á intervalos un silencio misterioso é imponente; ese silencio inconfundible que sigue siempre después

de alguna desgracia. Largo rato hacía que ni una palabra siquiera se cruzaba entre los dos esposos.

El, después de contemplarla algunos breves instantes, con la expresión de la más profunda pena dibujada en su triste semblante, exhalaba un doloroso suspiro y continuaba paseándose con la misma monotonía, no sin enjugarse á veces alguna lágrima que brotaba de sus ojos.

Ella, con los brazos cruzados, la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos cerrados como si estuviera sumida en apacible sueño, continuaba siempre inmóvil y como petrificada junto á la cuna. A veces, sin embargo, después de un brusco extremecimiento, abría repentinamente los ojos, como si despertara de alguna molesta pesadilla, dirigía á su alrededor una mirada atónita y extraviada, y fijándola después en la cuna que tenía delante, comenzaba á mecerla con aire febril, ya pronunciando al mismo tiempo palabras incoherentes y apenas inteligibles, ó ya cantando estrepitosamente.

En vano su esposo, acercándose á ella con cariño, procuraba calmarla dirigiéndole tiernas frases y amorosas amonestaciones. Nada oía al parecer, porque muy lejos de calmarse, continuaba meciendo la cuna con nuevos bríos, y cantando con voz más penetrante y desentonada, hasta que rendida de fatiga volvía á recobrar su primitiva actitud.

Y entonces reinaba de nuevo un breve silencio; solamente se oían algunos entrecortados sollozos del atribulado Marqués que, dejándose caer con abatimiento sobre un sofá y sin apartar la vista de su esposa, devoraba en su pecho la pena que le atormentaba.

No pasaba mucho tiempo sin que otra vez volviera la joven esposa á abrir repentinamente los ojos, tras de violenta sacudida; sonreía entonces con sonrisa que infundía compasión, y de nuevo volvía á mecer la cuna, cantando como anteriormente.

—Cállate por Dios, Elvira—decíala el Marqués con acento dolorido—cállate, porque me partes el corazón al oirte cantar de esa manera; cállate por la Virgen Santísima.

Pero ella nada debía oir, porque sin prestar atención á

las palabras de su esposo, seguía cantando, y seguía meciendo la cuna, hasta quedar de nuevo rendida de cansancio.

Mas ¡ay! aquella cuna estaba vacía...

¿Por qué, pues, la hermosa joven no se separaba un momento de aquella cuna? ¿Y por qué cantaba y mecía la cuna, si estaba la cuna vacía?...

II

Alvarito, precioso niño de cuatro años de edad, era el encanto y el embeleso de aquel dichoso hogar, donde reinaba la felicidad más completa que puede desearse en este valle de lágrimas. Parece que la Providencia divina quiso colmar de bendiciones á aquella santa familia.

Modelos de buenos cristianos, los dos jóvenes esposos esmerábanse á porfía en infundir en el tierno corazón de su hijo único los sentimientos de la más acendrada piedad. Hablábale con frecuencia su mamá de la Santísima Virgen, del Niño Jesús, de lo mucho que nos aman; de la felicidad que nos espera en el Cielo si somos buenos aquí en la tierra.

Y estas sanas ideas, expuestas en forma adecuada á la tierna capacidad del niño, debían producir efecto en su ánimo, porque las escuchaba con marcado interés, y á veces interrumpía á su mamá con preguntas propias de su corta edad. Pero era sobre todo extraordinario su entusiasmo cuando se trataba de los angelitos que hay en el Cielo. Entonces era cuando redoblaba sus preguntas infantiles.

—¿Y dices que hay en el Cielo muchos angelitos, mamá?

—Muchos, y todos son muy bonitos.

—¿Y quieren mucho á los niños?

—Sí, los quieren mucho cuando son buenos como tú.

—Mamá, yo quisiera ser como los angelitos.

—Ya lo eres, hijo mío; tú eres un angelito y de los más lindos.

—Entonces, mamá ¿cómo no estoy en el Cielo?

—Porque para ir al Cielo hay que morirse antes.

—Pues entonces... yo quisiera morirme para ir al Cielo.

—No, hijo de mi alma, no te mueras. ¡Qué iba á ser de

mí si tú te murieras! Yo me volvería loca; me moriría de pena.

Y como si la mamá temiera que la muerte arrebatara de su regazo á aquel ángel, le oprimía fuertemente contra su corazón, cubriéndole de frenéticos besos.

—¿Sabes lo que estoy pensando, mamá?—continuaba el niño. Vamos á morirnos los dos, y que se muera también papá, para irnos los tres al Cielo. ¿Quieres mamá? Yo quisiera morirme para ser un angelito como los que hay en el Cielo.

Por toda respuesta la mamá sellaba de nuevo los labios del niño con ardientes y apasionados besos.

Aquella noche, al acostarle su mamá en la cuna después de repetir con fervoroso entusiasmo las oraciones que aquélla le dictaba ante una imagen de la Santísima Virgen, otra vez volvió Alvarito á manifestar deseos de morirse para ir al Cielo. El quería á todo trance ser un angelito. Y con este pensamiento y estos deseos le sorprendió el sueño al poco tiempo de acostarse.

Al día siguiente despertó más pronto que de ordinario.

Cuando, todavía muy temprano, se acercó su mamá cautelosamente á la cuna donde dormía su hijo para darle el primer beso matutinal, creyéndole aún dormido, quedó algún tanto sorprendida al encontrarle despierto. Acababa de despertarse. Estaba bastante sobreexcitado; tenía el rostro encendido y en sus labios purpurinos dibujábase una expresión indefinible de júbilo celestial con cierto aire de tristeza y plácida melancolía. Sonrió á su mamá apenas la vió acercarse á la cuna, y levantó en alto sus bracitos, en ademán de abrazarla. Esta se abrazó á su hijo besándole con tierna efusión, al mismo tiempo que, sin dejar de besarle y acariciarle, le decía con acento cariñoso:

—¿Cómo te has despertado hoy tan pronto, hijo mío, si es aún muy temprano? ¿Estás malo? ¿Quieres que te vista?

—¡Ay mamá!—contestó el niño con infantil candor;—si supieras qué cosas tan bonitas he soñado esta noche.

—¿Qué has soñado, querido? Cuéntame todo lo que has soñado.

—Anoche, después que rezamos los dos á la Virgen y después que tú te marchaste, yo me dormí muy pronto, y después soñaba. Soñaba que había aquí conmigo muchos angelitos; estaban aquí donde la cuna y me besaban muchas veces. Parece que los estoy viendo. Eran muy bonitos. ¡Si vieras, mamá, qué bonitos y qué preciosos eran! Y volaban por aquí, y hacían una luz que era muy blanca y muy reluciente... Y me besaban... Y me decían:—Ven con nosotros, que te queremos mucho.—Y yo les decía que esperasen un poco para llamarte á ti y á papá, para que vinierais conmigo y para subir con ellos al Cielo. Y ellos me decían tus papás ya vendrán más tarde, otro día. Ahora ven tú con nosotros. Y después me dieron unas alas muy blancas y muy preciosas como las que ellos tenían, y empezamos á volar, á volar... y subíamos muy alto... y había mucha luz... y se oía una música muy bonita. Y después entrábamos en el Cielo.

Y el entusiasmo de Alvarito crecía por grados al relatar su sueño.

Detúvose un instante como para tomar alientos.

—¿Y qué más, hijo mío, qué más?—interrumpió su mamá después de besarle repetidas veces.

—Y después—prosiguió el niño—entramos en el Cielo. Y la Virgen y el Niño Jesús nos estaban esperando con otros angelitos, muchos,-muchos. Y cuando nos vieron entrar en el Cielo se sonreían y nos besaban mucho. ¡Si hubieras visto, mamá, qué cosas tan bonitas había allí! Y me decía la Virgen:—Yo te quiero mucho, porque eres muy bueno y eres un angelito. Y yo le decía:—Yo quiero que suban aquí mi mamá y mi papá que también son muy buenos y me quieren mucho. Y la Virgen se reía, y me besaba, y me decía:—Ya subirán, ya subirán, pero un poco más tarde. Yo te veía á ti; y tú estabas llorando porque no me veías á mí. Y yo te llamaba muchas veces; pero tú no me debías oir, porque seguías llorando, llorando, y no me respondías. No hacías más que llorar, llorar mucho. Y yo decía:—Qué tonta ¿por qué llorará? ¡No sabe lo bien que yo estoy en el Cielo!... Yo

quería bajar otra vez á la cuna para que tú me vieras y para que no lloraras. Y se lo dije al Niño Jesús. Y me dijo que bajara para consolarte y para que no lloraras; y que después ya me llamaría Él otra vez para subir al Cielo para siempre, porque me quería mucho. Yo entonces empecé á bajar, á bajar volando con aquellas alas tan bonitas. ¡Qué gusto me daba volar con aquellas alas! Y bajaban conmigo muchos angelitos, y me pusieron otra vez aquí en la cuna, y me besaron mucho, y se volvieron á marchar cantando una música muy bonita. Yo me quedé triste después que se marcharon, y me daban muchas ganas de llorar... y después me desperté. Esto he soñado esta noche, mamá; y me parece que todo lo estoy viendo de verdad. Pero dí, mamá; ¿estás llorando? ¿Por qué lloras? Pues si ya estoy aquí contigo. ¿No me ves? Ven; déjame que te bese.

Y Alvarito se abrazaba á su mamá, cubriéndola de besos con cariñoso entusiasmo.

Y la mamá, que había escuchado absorta el sueño de su hijo, lloraba en efecto. ¿Lloraba de pena ó de alegría? Ni ella misma lo sabía.

Lo cierto es que lloraba y oprimía contra su corazón á aquel ángel que tenía entre sus brazos como si temiera que volase al cielo, su patria, dejándola á ella sumida en amargo desconsuelo.

—No llores, mamá—volvió á interrumpir el niño—¿No ves que yo te quiero mucho?

—Sí, hijo de mi alma, ya lo sé; pero temo que te mueras: y si tú te mueres y te vas al Cielo, yo me quedaré sin ti, y estaré muy triste, y lloraré mucho. Yo quisiera morirme contigo.

—Yo diré á la Virgen y al Niño Jesús que, si yo muero, te mueras también tú, y papá. Mira, mamá, vísteme: quiero levantarme en seguida para ir al altar donde está la Virgen: le voy á decir que me lleve pronto al Cielo, y á ti también y á papá.

Y el niño, después de vestido, se dirigió repentinamente, acompañado de su mamá, á una habitación que era una es-

pecie de capilla en la que había un altarcito sencillo y primorosamente adornado, cuyo centro ocupaba una preciosa imagen de María.

Y allí, postrado de rodillas ante la imagen, y juntas las manecitas ante el pecho, pedía Alvarito á la Virgen con candorosa piedad y filial confianza que le llevase pronto al Cielo para ser un angelito como los que había visto aquella noche, y que fuesen con él sus papás.

III

Transcurrieron algunas semanas.

Alvarito llevaba ya tres días en la cuna sin levantarse. Estaba enfermo. Momentos hubo en que parecía que su mamá iba á morir de dolor. Pero Dios no la dejaba morir entonces. Era preciso que viviera para poder morir muchas veces, viendo á su hijo enfermo. Ni mil muertes podrían igualar a la profunda pena que atormentaba su tierno corazón de madre. Dios, sin duda para premiar en el Cielo la sólida virtud de aquellos piadosos padres, quería otorgarles aquí en la tierra la palma del martirio, viendo morir á su hijo.

La enfermedad del niño era grave. Se iba á morir. Y ¡oh, milagro! su mamá no moría muriendo su hijo. Ni un momento siquiera se separaba aquélla de la cabecera del enfermo.

Su papá entraba y salía de la habitación, como si estuviera loco de dolor.

Aquella noche Alvarito no hablaba ya. Tenía el rostro muy pálido: parecía una azucena. Sus ojos entreabiertos, apenas se fijaban ya alguna que otra vez en el dolorido rostro de su mamá. Su respiración era muy fatigosa y anhelante.

De pronto sus pálidas mejillas se tiñeron de un vivo carmín, y volvieron á palidecer de nuevo. Abrió los ojos; miró á su mamá, que anegada en llanto, no apartaba de él la vista, y dijo con voz muy desfallecida:

—Mamá ¿no ves aquí muchos angelitos? Míralos qué bonitos son. Me están diciendo que me vaya con ellos. Muérete tú, mamá: y entonces me voy con ellos, porque yo voy á

morirme; me lo dice la Virgen que está aquí también con el Niño Jesús.

—No, hijo de mi alma, no te mueras—exclamó su mamá con voz ahogada por los sollozos y abrazándose á la cuna, como para impedir con sus brazos que se llevaran á su hijo. —Y le besaba con ciego frenesí.

—Virgen Santísima, Madre mía—continuaba, levantando los ojos al Cielo—que no se muera; no me lo lleves ahora, y si ha de morir, haz que muera yo también con él.

—¿Lloras, mamá?—volvió á decir Alvarito, después de algunos instantes de silencio.—No llores, yo te llamaré desde el Cielo, y á papá, y subiréis pronto conmigo.

Y cesó de hablar. Su respiración era cada vez más lenta, en sus labios se dibujaba una sonrisa celestial, y se le oían algunas palabras entrecortadas.

Su mamá seguía abrazada á la cuna. Un poco separado estaba su papá con el rostro oculto entre las manos.

Al fin el niño abrió por última vez los ojos, y dijo con voz apenas perceptible:—Dame un beso, mamá: me voy al Cielo con los angelitos.

Y cuando su mamá se apresuró á estampar el último beso en los labios entreabiertos de su adorado hijo, éste había exhalado su último suspiro. Ya no besó más que un yerto cadáver.

Y al sentir en sus labios la fría impresión de la muerte, que aún parecía cernerse sobre el rostro angelical de su hijo, lanzó un grito desgarrador, y, víctima de un síncope, cayó sin sentido junto á la cuna sobre los brazos de su esposo.

## IV

Se temió por su vida. Cuando pasados algunos días la mamá volvió en sí, abrió los ojos con espanto, paseó á su alrededor una mirada extraviada y prorrumpió en estridente carcajada que dejó helado el corazón de su esposo y demás personas que la asistían. La infeliz había perdido el juicio. Estaba loca, loca por completo.

En el mismo instante el piadoso Marqués hizo un voto

en su corazón á la Virgen de Lourdes. Lleno de confianza en la Virgen, prometió ir á visitarla á su milagrosa gruta, juntamente con su esposa, tan pronto como ésta recobrara el juicio.

Varios días transcurrieron de cruel martirio para el atribulado Marqués.

Ya vimos anteriormente á su infeliz esposa sentada junto á la cuna, meciéndola con arrebato y cantando descompasadamente, y á él paseándose por la estancia sumido en profunda pena.

Pero la Virgen tuvo compasión de aquella madre infeliz y oyó los ruegos de aquel padre infortunado. Y sin duda también Alvarito los contemplaba desde el Cielo y rogaba por ellos.

Después de mucho tiempo transcurrido sin lograr conciliar el sueño, al fin un día quedóse la mamá sumida en un profundo sueño, reclinada la cabeza sobre la cuna vacía, y así permaneció muy largo rato, mientras el Marqués lloraba en silencio y oraba á la Virgen en su corazón.

Aquel sueño se iba prolongando demasiado; no era un sueño normal. Su esposo la contemplaba con ansiedad. Desde la muerte de Alvarito nunca la había visto dormir con sueño tan apacible y tranquilo.

—¿Será este sueño preludio de su curación?—decíase á sí mismo, y renovaba con entera confianza y nuevo fervor el voto hecho á la Virgen.

Un grito de júbilo, inesperado, vino á sacar de sus pensamientos al Marqués.

Fué un grito de su esposa que, despertándose con sobresalto y como fuera de sí, se levantó precipitadamente y fué á arrojarse en brazos de su esposo, prorrumpiendo en copioso llanto. Era la primera vez que consiguió llorar desde la muerte de su hijo.

—¿Sabes lo que he visto?—dijo después de algunos momentos.—He visto á Alvarito en el Cielo con muchos angelitos, y me ha dicho que allí nos espera pronto á los dos. No llores, tonto, no llores; que Alvarito está en el Cielo; le he visto; me lo ha enseñado la Virgen.

Bonifacio Sáinz, Sch. P.

# GLORIAS DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS EN ESPAÑA

*(Continuación)*

El monje monserratino Bernardo de Boil y los franciscanos Fr. Juan de Tresierra, Fr. Juan de Robles y Francisco Ruiz, siguiendo á éstos los dominicos, jerónimos, mercedarios y jesuítas, empezaron la difícil obra de la evangelización de aquellos pueblos.

Imposible referir, y menos aún describir en todos sus detalles, los inmensos trabajos y penalidades que hubieron de sufrir, los inminentes peligros á que de continuo se vieron expuestos, la interminable serie de contradicciones que tuvieron que experimentar, arrostrando la maledicencia de unos, la perfidia de otros, la abierta persecución de no pocos, y el desvío y desagradecimiento de los más; sin que todo este conjunto de obstáculos fueran parte á desalentarlos, porque, teniendo siempre puesta en Dios la mira, sabían que J. C., al enviar á sus discípulos á anunciar á los hombres su doctrina, les había predicho que ésa y no otra sería la paga y recompensa que de los hombres recibirían.

¿Y cómo calcular el inmenso fruto de tantos desvelos, de tantos sudores y de tantas lágrimas y sangre derramadas tan copiosamente en aquella tierra virgen? Ahí está la historia de las misiones, que punto por punto nos hace ver la rica cosecha que en todos los órdenes se reportó de obra tan divina como humanitaria; Méjico, Cuba, Puerto Rico, Guatemala, Perú, Chile, Bolivia, Iucatán, Buenos Aires, y sobre todo el Paraguay, podrían decir cuánto han hecho por ellos los religiosos españoles y los incalculables beneficios de que les son deudores.

Ya que tantas y tan burdas calumnias se han levantado y propalado principalmente contra los PP. Jesuítas que evangelizaron el Paraguay, veamos lo que sobre el particular nos dice el insigne autor de «El genio del Cristianismo».

«Aún no poseía la Europa, dice, más que unas constitu-

ciones bárbaras formadas por el tiempo y la casualidad, y la religión cristiana hacía revivir en el Nuevo Mundo los milagros de las legislaciones antiguas. Las cuadrillas errantes de los salvajes del Paraguay se fijaban, y á la palabra de Dios salía de lo interior de los desiertos una república evangélica.

»Mas ¿cuáles eran los grandes genios que reproducían estas maravillas? Unos simples jesuítas, contrariados con mucha frecuencia en sus designios por la avaricia de sus compatriotas.

»Así se formó, añade, aquella *república cristiana,* que parecía una reliquia de la antigüedad descubierta en el Nuevo Mundo; confirmando á nuestros ojos aquella verdad tan conocida de Roma y de la Grecia, que con la religión y no con principios abstractos de filosofía es como se civilizan los hombres y se fundan los imperios.» Y después de relatar minuciosamente cómo estaba constituída la dicha república en lo militar, civil y político; lo mismo que su maravillosa organización en lo concerniente al comercio, á la industria, al cumplimiento de las leyes, á la administración de justicia, á la educación y enseñanza, dice: «Observábase, pues, en el *Paraguay*, un estado que ni tenía los riesgos de una constitución enteramente militar, como la de Lacedemonia, ni los inconvenientes de una sociedad enteramente pacífica, como la fraternidad de los cuákeros. Estaba resuelto el problema político, pues se encontraban allí reunidas la agricultura que funda, y las armas que conservan, siendo los *guarinis* cultivadores sin tener esclavos y guerreros sin ser feroces: inmensas y sublimes ventajas que debían á la religión cristiana y de que no habían podido gozar bajo el politeísmo, ni los griegos ni los romanos.

»Con un gobierno tan paternal y tan análogo al genio sencillo del salvaje, era muy natural que los nuevos cristianos fuesen los hombres más puros y felices de aquella edad. La variación de sus costumbres era, pues, un milagro obrado á la vista del Nuevo Mundo, donde se veían transformados en un espíritu de dulzura, de paciencia y de castidad aquel es-

píritu de crueldad y de venganza y aquel abandono con que se entregaban á los vicios más groseros que caracterizaban á las hordas ó cuadrillas salvajes.»

Que en esta hermosa pintura de la maravillosa transformación, que la gracia y la naturaleza de consuno habían obrado en los infelices salvajes, no hay nada de exageración, lo da plenamente á conocer lo que escribía el Obispo de Buenos Aires á nuestro Rey Felipe V.: «Señor, le decía, en estos pueblos numerosos, compuestos de indios naturalmente propensos á todo género de vicios, reina una inocencia tan grande que no creo se cometa entre ellos ni un solo pecado mortal.»

Mas ¡ay!, termina diciendo el ilustre publicista francés, cuantas veces se hace un bosquejo de la felicidad de un pueblo, otras tantas es forzoso acabar la descripción con su catástrofe; de suerte que en medio de las pinturas más risueñas se siente oprimido el corazón del escritor por esta reflexión que se presenta á cada instante: ¡Nada de todo esto existe ya! Desaparecieron enteramente las misiones del Paraguay, y los salvajes reunidos con tantas fatigas, andan otra vez errantes por los bosques ó sepultados vivos en las entrañas de la tierra; siendo también lo más doloroso que se haya aplaudido la destrucción de una de las obras más bellas y laudables, hechas por las manos del hombre. Pero no es extraño: era una creación del cristianismo, una mies fecundada con la sangre de sus apóstoles, y, por consecuencia, se había de mirar por ciertos hombres con odio y con desprecio.»

Nicolás Yábar

*(Continuará)*

## ACTOS Y DECRETOS DE LA SANTA SEDE

Libros prohibidos.—Por decreto de 26 de mayo del presente año, la Sagrada Congregación del Indice ha condenado y prohibido las siguientes obras:

Abbé Emmanuel Barbier. *Le progrès du libéralisme catholique en France sous le Pape Léon XIII.* Histoire documentaire: París, P. Lethielleux.

*Ne mêler pas Léon XIII au libéralisme.* Ibid. 1907.

Jean D'Alma. *La controverse du quatrième évangile.* París E. Nourry, 1907.

Antoine Dupin. *Le dogme de la Trinité dans les trois premiers siècles*, Ibid. 1907.

C. Romano D'Azzi. *Un vasto inganno: la risurrezione dei morti.* Studio critico, Roma. Enrico Voghera, 1907.

Ferdinand Hamelin. *Le journal d'un prêtre. Roman.* París, Stock, 1908.

Pablo Bureau se sometió humildemente al decreto de 17 de marzo de 1908 que condenó y prohibió una obra suya.

---

El Emmo. y Rdmo. Sr. Cardenal Casañas ha dos meses condenó al diario que se publica en esta ciudad con el nombre *El Poble Catalá,* prohibiendo á los fieles de su jurisdicción la lectura y retención del mismo.

Han hecho lo propio los Excmos. é Ilmos. Sres. Obispos de Tarragona, Vich, Solsona y Gerona para con los católicos de sus respectivas diócesis.

---

La Audiencia Provincial de Tarragona ha confirmado el procesamiento del Alcalde y varios concejales del Ayuntamiento de Calafell, declarado por el Juez de instrucción del partido de Vendrell, en méritos de la causa criminal incoada por injurias graves al Rdo. Cura Párroco de la misma población.

En el acto de la vista informó, en representación de éste, uno de los letrados de la Sección Jurídica del Comité de Defensa Social de Barcelona.

---

## BIBLIOGRAFÍAS

EL PELIGRO RELIGIOSO, por el R. P. Alberto M.ª Weiss, O. P. Traducido al castellano por el Dr. Modesto Hernández Villaescusa. 1908.

La casa editorial *Herederos de Juan Gili,* que poco ha dió á luz en castellano la monumental Apología del sabio dominico alemán, nos brinda ahora con *El Peligro Religioso,* obra del mismo padre. Campea en ella un pesimismo muy fundado sobre el porvenir de la Religión. Toda su doctrina se compendia en estas dos frases, que justifican, la primera el título de la obra, y la segunda la causa de encontrarnos tan mal. La Religión, dice, está en peligro, y lo está de tal modo, que de continuar así las cosas se podrá saludar al futuro papa con la dolorosa expresión: *Religio depopulata.*

El peligro es grande, pero los medios de salvación son fáciles y seguros. Cuanto mayor sea el peligro, más viva debe ser la fe, más íntima la adhesión á la Iglesia, más viriles los esfuerzos para imitar al Salvador.

Si la magnitud del peligro nos induce á fortalecernos en la religiosidad, la religión se salvará, y los males de la época, lejos de ser una desdicha para nosotros se nos ofrecerán como una bendición de Dios y como un fuerte impulso para la anhelada renovación de la religión y del reino de Dios en la tierra.

El libro que nos ocupa está formado por diez capítulos, abundosos todos ellos de sana y salvadora doctrina católica.

La estampación muy elegante, acreditando una vez más la casa editorial *Herederos de Juan Gili.*

R. P. G.

---

Ahí les duele.—*Nuestros enemigos más grandes, entre todos los clericales, son los seminaristas.* He aquí la confesión que acaba de hacer uno de los rotativos madrileños en un artículo de dos columnas que dedica entre furioso y despechado á uno de los números de *Ora et Labora.*

Dice que «*los pobrecitos neos, estúpidos biliosos y repugnantes, recurren á los procedimientos más absurdos para ganar terreno, restándolo á la prensa liberal.*» Por lo visto el número de *Ora et Labora* al que llama *periódico sotanesco*, le ha hecho pasar muy mal rato.

Sobre todo lo sacan de quicio las *postales contra la mala prensa* que están viendo la luz en dicha entusiasta publicación. Y en verdad que tiene motivo, pues son oportunísimas y han de hacer mucho bien en cuanto empiecen á circular.

Representa una de ellas á un periodista liberal, sentado junto á una mesa, pensativo é indeciso Detrás de él el demonio, enseñándole por un lado un billete de cien pesetas y por el otro le señala con el rabo un letrero que dice: «Crónica negra» Al margen se lee:

Por pescar el billete
De cien pesetas
Escriben la rabiosa
Crónica negra.
Y dicen luego
Que sólo son sus ansias
Salvar al pueblo.

Otra muestra:

Figura una calle de Sevilla y en ella aparece un carro de la limpieza pública: dos barrenderos, con sendas palas, recogen la prensa liberal y la arrojan al carrillo. En esta faena pasa un transeunte con las narices tapadas, y en la seguidilla se lee:

Mira aquer señoritu
Con qué cudiau
Se tapa las narices.
¡Qué delicau!

—No lo mormures,
Es que á ti no te jieden
Por la costumbre.

En otra de ellas aparece una elegante señorita llegando á la puerta del cielo. Trae en la mano un número del *Nuevo Mundo*. San Pedro está en la puerta y se entabla entre ellos el siguiente diálogo:

—¿Puedo pasar?—¿Qué es eso?
*¿El Nuevo Mundo?*
No puede ser señora,
Siga su rumbo.
Por estas puertas
Con tan malos amigos
Ninguno entra.

Sin comentarios. Se explica el mal humor de la prensa liberal.

Los católicos harán una obra de caridad excelente enviando al Muy Ilustre Señor Rector del Seminario de Sevilla la limosna que puedan para el sostenimiento de esta nueva Cruzada de los tiempos presentes, en la cual, según confesión de un rotativo, nos estamos jugando la última carta.

---

# Arbol Calasancio

**Día 8 de octubre de 1773.**—Muere en el Colegio de S. Fernando de Madrid el Muy Rdo. P. Tomás Calle de la Virgen del Carmen.

Mecióse su cuna en la villa de Durano, diócesis de Calahorra, donde había nacido el 12 de septiembre del año 1702. Tomó nuestro santo hábito en el Noviciado de Moyá el año 1727. Profesó al siguiente año, siendo trasladado al Colegio de Barbastro donde recibió las Ordenes Sagradas. Fué uno de los fundadores del Colegio de Alcañiz á donde llegó en compañía de los PP. Agustín Paul de S. Juan Bautista, Juan Antonio de San Ignacio y Juan Benito de la Virgen del Rosario. Acreditóse en este Colegio de maestro celosísimo, aprovechando escrupulosamente el tiempo para el bien de sus discípulos; tenía verdadera vocación al apostolado de la enseñanza, y si bajo este concepto era un escolapio ejemplar, no lo era menos en su vida de religioso.

Durante el trienio de 1739 á 42 fué Rector del Colegio de Barbastro, siendo promovido al Rectorado de Zaragoza, donde nuestros religiosos eran objeto de una obstinada persecución por parte de una corporación

religiosa que reclamaba la exclusiva en la enseñanza del Latín y Humanidades.

Para desarmar á los adversarios del naciente Colegio, el P. Tomás Calle, inmediato sucesor del fundador y primer Rector P. Rafael Fraguas, estipuló nuevas bases de fundación con el Ayuntamiento de Zaragoza. Mas los adversarios del Colegio ganaron para su causa al Corregidor de la ciudad y aún concitaron á sus apasionados contra la enseñanza de los Padres Escolapios. Pero la prudencia y acertadas gestiones del P. Tomás promovieron el informe que en 10 de septiembre de 1743 dió el Síndico del Ayuntamiento al Corregidor en favor de los PP. Escolapios, indicando la conducta correcta de éstos y poniendo en claro el origen de los tumultos.

Fué nombrado después Asistente Provincial, hallándose en Jetafe el año 1753 en el acto de la separación de las provincias de Aragón y Castilla, agregándose el P. Tomás á esta última. Poco después fué nombrado Procurador de la provincia, trabajando con feliz éxito ante el Consejo Real las debidas autorizaciones para el Colegio de la calle de Hortaleza, de Madrid, y en 7 de agosto de 1756 logró del Rey licencia para ampliar la enseñanza que en dicho Colegio se daba.

En 1760 fué elegido Rector del Colegio de S. Fernando, de la corte, y durante su rectorado se construyó el magnífico Seminario para alumnos internos y se puso la primera piedra de la grandiosa y esbelta iglesia del Colegio. Fundó la preciosa Biblioteca del Colegio, á la que coadyuvó con su saber y talento el P. Felipe Scio. En el año 1763 fué elegido Provincial, siendo el tercero desde la separación de la provincia de Castilla. Una vida tan laboriosa había minado la salud del P. Tomás Calle, y por eso, al cesar en el Provincialato, se retiró al Colegio de S. Fernando, deseoso de entregarse completamente al cultivo de las virtudes y á la santificación de su alma. Un año vivió rodeado de grandes penalidades á causa de la apoplejía y parálisis de gran parte del cuerpo, sufridas con una constancia admirable, hasta que por fin, auxiliado y fortalecido con los Santos Sacramentos, entregó su alma á Dios, llorado de todos los religiosos que le amaban cuanto le reverenciaban, teniendo 72 años de edad y 47 de Religión, siendo el decano de la provincia y una de las más preclaras personalidades de la *edad de oro* de la Escuela Pía española.

—En los recientes Juegos Florales de la ciudad de Tortosa ocupó la presidencia y fué Mantenedor nuestro apreciado amigo y conocido publicista, ex presidente de nuestra Academia Calasancia, el Sr. D. Juan Burgada y Juliá. Nos congratulamos y celebramos la alta distinción de que ha sido objeto nuestro académico honorario.

—En las pasadas témporas de San Mateo varios de nuestros hermanos en Religión recibieron Ordenes Sagradas de manos del sabio obispo de Vich Dr. D. José Torras y Bages. He aquí los nombres de los agraciados.

PRESBITERADO

Rdo. P. José Riba de la Virgen de los Dolores.
» » Modesto Roca de la Virgen del Carmen.
» » Ignacio Vila de la Virgen de Montserrat.
» » Juan Vila de la Virgen del Tura.

DIACONADO

Rdo. P. Juan Puig de la Virgen de las Mercedes.
» » Juan Carné de la Inmaculada Concepción.

TONSURA, MENORES Y SUBDIACONADO

Rdo. P. Luis Feixas del Sagrado Corazón de Jesús.
» » Ramón Hostench de la Virgen de los Angeles.
» » José Calasanz Noguera del Dulce Nombre de María.
» » Marcelino Forcada de la Virgen del Carmen.
» » Pedro Carbonell de la Virgen de los Dolores.

La enhorabuena á todos y *ad multos annos*.

—El domingo día 20, celebró su Primera Misa, en la capilla del Santísimo Sacramento de este Colegio de S. Antón, el Rdo. P. Modesto Roca. Asistió á la conmovedora fiesta su señora madre, ayudando la misa al recién ordenado algunos de sus compañeros de curso, oficiando de Sacerdote Asistente el Rdo. Rector del Colegio. Se repartieron luego hermosos recordatorios de tan dulce fiesta.

—En el Certamen literario mariano celebrado en Mataró, fué premiado con un objeto de arte, reproducción en pórfido del Baptisterio de la Catedral de Pisa, ofrenda del Reverendísimo Padre General de las Escuelas Pías, nuestro amigo y hermano de Religión Rdo. P. José Teixidó, residente en Roma, por su trabajo *La Virgen de Loreto y las Escuelas Pías*.

El 29 del pasado septiembre fueron trasladados á la última morada los restos del que fué en vida infatigable defensor de la verdad católica, Académico Honorario de la ACADEMIA CALASANCIA, Secretario de la Casa de Maternidad y Expósitos y Secretario dels *Estudis Universitaris Catalans*, D. Carlos Francisco y Maymó confortado con los Santos Sacramentos y la Bendición Apostólica.

La ACADEMIA CALASANCIA y el Colegio de San Antón, del que fué acreditado discípulo estuvieron representados por una comisión en el acto del sepelio.

Al mismo tiempo que enviamos nuestro más sentido pésame á su desconsolada madre rogamos á nuestros amigos y abonados una fervorosa oración por el alma del finado.—R. I. P. A.

RAMÓN PUIG.

IMPRENTA DE LA CASA PROVINCIAL DE CARIDAD.—MONTEALEGRE, NÚM. 5. BARCELONA